La ley de Siembra y cosecha

¡La condenación eterna no existe!

El mensaje de la Verdad

Este cuaderno contiene
extractos de la gran obra manifestada
de más de 1000 páginas
«Esta es Mi Palabra. Alfa y Omega»,
transmitida por la profeta y
enviada de Dios, Gabriele-Sophia,

en esta ocasión sobre el tema:

La ley de Siembra y cosecha.
¡La condenación eterna no existe!

Noviembre de 2025

© Gabriele-Verlag Das Wort GmbH
Max-Braun-Str. 2, 97828 Marktheidenfeld, Alemania

www.editorialgabriele.com

Título original alemán:
Auszüge aus dem Buch
“Das Gesetz von Saat und Ernte”

En todas las cuestiones relativas al sentido,
la edición original en alemán tienen validez última

Nro. de artículo: G367es

Todos los derechos reservados.

Imprime: KlarDruck GmbH, Marktheidenfeld, Alemania

Umschlagfoto: © Mykola Velychko – Fotolia

Extractos de la gran obra manifestada

Esta es Mi Palabra

A y Ω

sobre el tema:

La ley de Siembra y cosecha.

¡La condenación eterna no existe!

Dios es el donante de la vida, porque Él mismo es la vida. De la Ley eterna de la vida, Dios dio a los seres humanos el libre albedrío, para decidirse libremente a favor o en contra de Él. Quien esté a Su favor, guardará las leyes eternas del amor y de la vida y también recibirá de la Ley eterna los dones del amor y de la vida. Quien sienta, piense y actúe contra la Ley eterna, recibirá lo que haya sembrado, es decir lo que haya sentido, pensado, hablado y hecho. Cada cual recibe, por lo tanto, lo que él mismo ha sembrado. Quien siembre buena semilla, es decir, cumpla las leyes de Dios, también cose-

chará buenos frutos. Quien siembre semillas humanas, que introduce como sentimientos, pensamientos, palabras y actos humanos en el campo de su alma, también cosechará frutos análogos.

En ello veis que Dios no interviene en la voluntad del ser humano. Él es donante, ayudante, amonestador, guía y protector de aquellos que se esfuerzan en hacer Su voluntad, porque se vuelven hacia Él. Quien Le vuelva la espalda, creando su propia ley humana, también será conducido por su propia «ley egoísta» humana.

Dios no interviene por tanto en la ley de Siembra y cosecha. Dios ayuda a Sus hijos de múltiples maneras, y los que Le ruegan de corazón y cumplen lo que Yo, Cristo, en Dios, Mi Padre, les he mandado –amarse los unos a los otros de forma altruista–, están en Dios y Dios actúa a través de ellos. (…)

Todo lo no divino que sale de ti –tal como pensamientos, palabras y actos contrarios a la Ley divina–, no solo puede ocasionar-

le pena y preocupación a tu prójimo, sino también a ti mismo; pues lo que el ser humano siembre, es lo que cosechará. La cosecha se corresponde con la siembra. Siempre es cosechada por el que ha sembrado –no por su prójimo–. Tu prójimo no ha sembrado tu siembra ni cosechará tu cosecha. (...) (Cap. 25, 14-18)

Quien reconozca sus propias causas, también conocerá las cadenas de causas que discurren por este mundo, cuyos efectos han llevado y llevan a múltiples enfermedades, sufrimientos y penas. Quien tenga experiencia con la ley de Causa y efecto, también conocerá el camino de salida de las turbulencias y enredos del yo humano. Y quien recorra el camino de salida del sufrimiento, la pena, la enfermedad y los padecimientos, creará cada vez menos causas. Con ello se reducirá la mala siembra en el campo de la vida. Entonces crecerá en él la buena siembra, la vida en Mí, el Cristo. (...) (Cap. 21, 6-7)

Mi Padre, que también es vuestro Padre, Me envió a los seres humanos. Yo Me hice ser humano para habitar entre los seres humanos y para anunciar con el lenguaje del ser humano lo que es vida eterna.

El Hijo de Dios, que como ser humano se hizo Hijo del hombre, vino del Cielo para traer la Redención. Como Dios, Mi Padre, ama a todos Sus hijos de igual modo, Me dio el poder y la fuerza de conducir a todas las almas a Su corazón, al hogar. Vine del Cielo para manifestar a los seres humanos la voluntad de Dios y para cumplir Su voluntad entre los seres humanos.

A ningún ser humano y a ningún alma repudiaré, pues a todos les he traído la Redención. Solo se arroja a sí mismo a su destino el ser humano que rechaza la voluntad de Dios y sigue viviendo en su voluntad personal, en el pecado. A pesar de todo, lleva dentro de sí la Redención y, algún día, de Mi mano encontrará el camino de regreso, y le conduciré al Padre, pues en Mí y a través de

Mí son redimidos todos los seres humanos y almas.

Quien se entrega a Mí, el Cristo, no tiene que cargar con cada uno de los pecados cometidos; pues: quien viene a Mí, el Cristo, de corazón, también se esfuerza en reconocer y cumplir la voluntad de Dios en cada situación. Y quien se esfuerce honestamente en hacer la voluntad de Dios, ya habrá recibido de Dios.

Venir a Mí significa, no solo rezarme a Mí, sino realizar también la ley de la vida en uno mismo y en el prójimo. Quien observe las leyes de Dios, estará orientado a Mí, el Cristo de Dios. No tendrá que cosechar su siembra humana.

Quien se orienta a Mí, experimenta en sí mismo y a su alrededor la gracia del Altísimo. Ella da apoyo a cada persona en toda situación de la vida. Reconforta a la persona, la fortalece, y la ayuda a reconocer y purificar sus pecados antes de que se hagan visibles en el cuerpo. (...) (Cap. 30,7)

En Jesús de Nazaret enseñé a los hombres y mujeres que Me siguieron, y a todos los que Me escucharon, partes de la ley perfecta, de la Ley Absoluta. También les expliqué que la Ley Absoluta del amor irradia a la ley de Siembra y cosecha, dado que el Espíritu es omnipresente, obrando también en la ley de Siembra y cosecha, la ley de la Caída.

A través de Mí en Jesús de Nazaret, el Cristo encarnado, y a través de todos los demás profetas verdaderos de Dios, el Eterno instruyó a Sus hijos en los ámbitos imperfectos, recordándoles que la ley de la Caída, la ley de Siembra y cosecha, es constantemente activa. Quien no reflexione y dé la vuelta a tiempo, tendrá que sufrir sus causas en forma de efectos. El Eterno ha estado y permanece en el empeño, también en el tiempo actual, de conducir a Sus hijos humanos y a todas las almas hasta Su corazón, hasta la ley del amor eterno, antes de que la cosecha –los efectos de las causas que ellos ocasionaron– venga sobre ellos. El Eterno los

ha conducido y los conduce a través de Mí, Cristo, al autorreconocimiento. Les ha dado y les está dando la fuerza para purificar lo que han reconocido y están reconociendo como pecado y falta.

El Cristo, que Yo Soy, vino a esta Tierra, a este mundo, en Jesús de Nazaret, para como Hijo del hombre enseñar a los seres humanos la Ley eterna y vivirla dando ejemplo, a fin de que reconocieran el camino al Padre eterno y cumplieran Su ley –de modo que pudieran volver a entrar en las viviendas eternas que Él tiene preparadas para todos Sus hijos. (…) (Cap. 25, 8)

Quien lleve mala siembra al campo de la vida, también tendrá una mala cosecha, puesto que el fruto ya está en la semilla.
Pero quien reconozca sus faltas a tiempo, se arrepienta y no las vuelva a cometer, estará aceptando la Ley de Dios y aprenderá poco a poco a amar a todas las formas de vida.

Entonces recibirá de las manos clementes del Eterno, y su alma y su cuerpo alcanzarán luz, salvación y sanación.
Comprended: no siempre trae la siembra inmediatamente la cosecha. Lo que una persona siembre en esta vida terrenal, o sea cause –también a los reinos animales y vegetales–, cosechará, si no en esta existencia terrenal, en una vida terrenal futura o como alma en los lugares de purificación.
Por tanto, ¡vivid cada día conscientemente! Pues cada día muestra a cada persona lo que es bueno o menos bueno en ella, y lo que puede reparar en el presente, en ese día. (...)
(Cap. 24, 3)

Comprended: en la Ley eterna no existe la coacción. Dios, el Eterno, ha dado a todos Sus hijos el libre albedrío. Quien se decide libremente, tiene, con la libre decisión, la fuerza para lo que caracteriza el cristianismo auténtico: igualdad, libertad, unidad,

fraternidad y justicia. Todas las coacciones vienen de la ley de Siembra y cosecha, que también es llamada ley de la Caída. Al ser humano le ha sido indicado elegir libremente su camino espiritual. Yo, Cristo, he ofrecido y ofrezco el camino al corazón de Dios, pero no coacciono a nadie a seguirlo. Quien coacciona a su prójimo, vive bajo la coacción de la ley de la Caída y personifica la forma de pensar de la Caída.

Algunas de las llamadas confesiones cristianas obligan a sus creyentes al bautismo con agua. Ya a los niños pequeños, cuyo libre albedrío todavía no ha sido desarrollado, y que por tanto aún no pueden decidir por sí mismos, se les impone el ser miembros de una Iglesia, mediante el bautismo con agua, y con ello el participar en sus restantes rituales.

Esta es una intervención en el libre albedrío de la persona, lo que equivale a una cristianización forzosa. Estos son sucesos que discurren en la ley de la Caída.

A las personas que a Mí, Cristo, no Me aceptan ni Me acogen libremente desde el más profundo convencimiento interno, les resulta con frecuencia muy difícil entender y aceptar correctamente los Diez Mandamientos, que son extractos de la Ley eterna, porque estos han sido relegados a un segundo plano mediante las muchas mundanalidades, formas dogmáticas, ritos, costumbres y cultos. En las confesiones, estas mundanalidades han llegado a ser lo principal; sin embargo, no tienen nada en común con el cristianismo interno, la religión interna, sino que en parte proceden directamente de los tiempos del politeísmo y de la idolatría y, con ello, del ámbito de los planos de la Caída.

Solo cuando las personas se sueltan voluntariamente de los dogmas y formas rígidas que les fueron impuestos, de ritos y cultos, así como de sus propias ideas sobre Dios, pueden ser conducidas paulatinamente a su interior, a su verdadero ser. Ahí, en su ser

interno, se encuentran como seres verdaderos en Dios y como habitantes del Reino de Dios, que está dentro de cada persona. Esta vida interna es la verdadera religión, la religión interna.

Comprended: la eterna ley universal omniabarcante, la ley de los Cielos, es inamovible. Es la ley de todo lo que pertenece al SER puro. Por la Caída se formó la ley de Siembra y cosecha, que solo puede ser disuelta por la realización de las leyes eternas. Sin embargo, no puede ser esquivada. La ley de Siembra y cosecha obrará en cada alma hasta que los pecados hayan sido reconocidos, purificados, expiados y entregados a Mí, el Cristo de Dios. Entonces la ley de la Caída habrá sido abolida en el alma; en consecuencia, el alma estará en gran medida liberada de sus impurezas. Llegará a ser de nuevo un ser puro en Dios, que vive la Ley Absoluta, dado que aspira a la Ley absoluta omnirregente del amor y de la vida.

La ley de Siembra y cosecha tendrá validez hasta que todo lo contrario a la Ley divina haya sido saldado y transformado en energía positiva y todos los seres vivan de nuevo en Dios, del cual surgieron. En la medida en que todos los seres provenientes de Dios hayan regresado al corazón de Dios, a la Ley Absoluta, todos los ámbitos de purificación –todos los ámbitos parcialmente materiales y materiales, incluyendo la Tierra– se transformarán en energía cósmica y volverán a vibrar en la Ley Absoluta. Entonces la ley de la Caída estará abolida, y el amor de Dios estará de forma consciente y omnirregente en todo lo que es, en cada ser. (...) (Cap. 25, 8)

¡Ay de aquellos que pequen contra seres humanos, animales, plantas, piedras y contra todo lo que Dios les ha dado para vivir en Él! El ánimo de muchas personas se ha insensibilizado. Su yo humano solo piensa en ventajas personales. Con eso la persona egoísta perjudica a sus semejantes y tam-

bién explota a los reinos de la naturaleza. El ser humano de este tiempo se ha apoderado y se apodera del gran hombre–Tierra, de la Tierra. Contamina a la Tierra, ultraja la vida que hay sobre ella e interviene en la atmósfera mediante su manipulación de la energía atómica, y asimismo con productos químicos y de otro tipo. Es decir, ultraja a la Tierra y a todo lo que vive en ella, y destruye el manto atmosférico que la protege a ella y a toda vida terrestre.

Precisamente en este cambio de era, el cambio del viejo tiempo pecaminoso al tiempo de luz, las especies animales y vegetales claman con sus fuerzas sensitivas, con el lenguaje de su consciencia, a su Creador, pidiendo ayuda y salvación. Los animales y plantas sufren inimaginablemente bajo las aberraciones del yo humano, del egoísmo humano. La vida subyugada clama pidiendo piedad y salvación.

Dios, Mi Padre, el Creador de todas las formas de vida, ha escuchado a las criaturas

subyugadas. Muchas especies animales se extinguen a causa del modo de actuar de los seres humanos contrario a la Ley divina. Sus fuerzas espirituales, o regresan al alma de la Tierra o a los ámbitos puros del eterno SER. Para muchas, esto es salvación. Sin embargo, otras muchas volverán cuando la luz habite en la Tierra por haber seres humanos que vivan en la unidad con Dios.

Sabed: cada transgresión no expiada y cada mal trato –ya sea de personas, animales, plantas o incluso de piedras, en toda la Tierra y en la atmósfera– recaerá sobre el autor.

Comprended: muchos animales han sido dados al ser humano para servirle. Muchos han sido dados para preservar el equilibrio ecológico. Pero un servicio correcto, es decir mutuo, solo será posible cuando el ser humano haya desarrollado el amor filial que viene del Dios Padre- Madre, y el amor creador, que es activo en el animal, en las plantas y en las piedras. Entonces también podrá comunicarse con todo lo que es.

Donde hay comunicación pura, fluye también energía eterna, cósmica. Pero donde las fuerzas del amor están atadas, hay dureza de corazón, egoísmo y esclavitud. Ahí no hay comprensión ni tolerancia; ahí solo hay el tomar, y ningún fluir del dar y recibir.

Es ley: lo que el ser humano hace al menor de Mis hermanos, a su semejante, Me lo ha hecho a Mí, el Cristo –y en última instancia a sí mismo–; pues lo que el ser humano siembre, es lo que cosechará. La cosecha se corresponde con la respectiva siembra. Cuando el ser humano infringe la eterna ley del amor altruista, se aparta de las energías eternas que necesita para una vida sana, para el bienestar de su alma y también de su cuerpo. Es decir que quien se dirige al mundo y a sus sombras, se aparta de Mí, la Luz. Y quien se aparta de Mí, entra en las sombras del yo humano. Quien está en sombras, sufre, se atrofia y llega a ser esclavo de su yo, y hace a su vez esclavo a su prójimo. (...) (Cap. 21,5)

¡Dios es amor!
¡Dios no condena! Pero la persona que piensa, habla y actúa en contra de la Ley divina, se entrega a su propio juicio y a esto le llama condenación.

Las palabras «condenar» y «condenación», surgieron del temor a Dios y de la creencia en dioses vengadores. Dioses vengadores no son otra cosa que conceptos e ideas humanos, es decir, ídolos que el propio ser humano creó por haberse vuelto pobre en energía a causa de sus pensamientos y actos lejanos a Dios y haberse con ello alejado del verdadero, del Uno, del Eterno. Los pensamientos negativos le trajeron remordimientos de conciencia, pues en lo profundo de su interior reconocía que lo contrario a la Ley divina, lo lejano a Dios, no era su verdadera vida. Al no poder su herencia espiritual, la Ley divina, seguir obrando a través de él, a causa de sus pecados, se atemorizó, porque ya no dominaba los elementos, sino que los elemen-

tos lo dominaban. De ello dedujo que los que dirigen los elementos son dioses, a los que él tendría que ofrecer sacrificios para que le fueran favorables.

En los tiempos posteriores hubo seres humanos que se erigieron a sí mismos en dioses, consiguieron riquezas y prestigio y acumularon poder, para así dominar a pueblos enteros. Finalmente fueron la riqueza, el prestigio y el poder mismos los que se convirtieron en ídolos de muchas personas. Idolos de este mundo, que el pueblo aún venera en el tiempo actual, son también los poderes del mundo y las autoridades eclesiásticas. Sus titulares de cargos disponen de grandes fortunas, prestigio e influencia, que usan para dominar al pueblo. Quien los venera, se hace dependiente de ellos y los eleva a ídolos; pues el estar atado a personas, a inclinaciones e ideas humanas, es idolatría.

Cuando luego le llegan al ser humano los efectos, cuyas causas él mismo ha creado con su modo de pensar y actuar lejanos a

Dios, se atemoriza, acusa a Dios y lo caracteriza como Dios vengador que condena y castiga.
Pero no has de temer a tu Padre celestial, pues ¡Él te ama! Teme tus pensamientos humanos, tus palabras y tu forma de actuar contraria a la Ley divina, pues ¡ellos te pueden llevar a una larga «condenación»! ¡Dios es amor! Por eso no temas a Dios, sino sé profundamente respetuoso para con Dios, y a Él hónrale en todo, en tu forma de pensar, hablar y actuar –pero no a una persona–. A los seres humanos –a tu prójimo– los respetarás, mas no honrarás, pues solo a Dios, al Eterno, Uno universal, corresponde la honra.

Dios es la luz del amor, y en Su luz está todo: también aquellos que por sus pecados contra la ley de la vida se «condenan» a sí mismos. Todas las idolatrías –también las veneraciones del yo humano– perecerán, pues nada que no proceda de Dios perdurará. También desaparecerán las muchas religiones y con-

fesiones que todavía se aferran a la idea de un Dios vengador, deduciendo de ella la condenación eterna.

Solo la persona que guarde las leyes de Dios, experimentará en sí al único y eterno Dios. Experimentará al Dios que nunca sanciona ni castiga, al Dios que por amor deja a cada ser humano la libertad de decidirse –a favor o en contra de Él–. Experimentará al Dios del amor, que no condena a ninguna de Sus criaturas. Para él, la «condenación eterna» es una ofensa a Dios. Experimentará al Dios que habla a los seres humanos acerca de la ley de Siembra y cosecha, según la cual el ser humano cosecha lo que él mismo ha sembrado.
Pues el ser humano mismo es el sembrador de sus buenas, menos buenas y malas obras: él cosecha lo que siembra. Cada siembra lleva ya el fruto en sí, y cosechará el fruto aquel que haya hecho la siembra en el campo de la vida.

Está cerca el tiempo en que la vida pecaminosa perecerá y los seres humanos harán una buena siembra en el campo de la vida. El fruto será entonces la ley de la vida, que ellos cumplirán –y que les colmará–. Entonces quedará solo el amor de Dios entre los seres humanos, porque ellos vivirán el amor altruista para con Él y para con su prójimo, formándose a partir de esto el Reino de Paz de Jesucristo, cuyo soberano Soy Yo. (…)
(Cap. 12, 10-11)

¡Yo Soy la verdad! Quien actúa contra la vida, está también contra sí mismo, ya que también él es la vida; pues en él actúan todas las fuerzas de la vida –también la vida de los animales y de las plantas–; pues todo es la vida que fluye del único manantial originario, de Dios.
El ser humano sufrirá mientras haga sufrir a su prójimo, ya se trate de personas, animales o plantas. En los pasados dos mil años,

Mis palabras a los seres humanos sobre la ley de Siembra y cosecha se han cumplido; y seguirán cumpliéndose –hasta que la ley de Siembra y cosecha haya sido transformada, por amarse todos los seres humanos unos a otros de forma altruista. (…) (Cap. 14, 5-7)

En verdad os digo que la vida es el aliento de Dios. Ya sea ser humano, ya animal –todos son animados por **una** fuerza, por Dios.

Dios es vida, y vida es aliento. Quien le robe intencionadamente el aliento a su prójimo, matándolo, caerá en la muerte espiritual. En el reino de las almas será un extraño, pues no conoce su propia conciencia y por lo tanto tampoco sabe si vive o está muerto. Con solo que una persona permita voluntariamente y a sabiendas que se atormente, desprecie o maltrate a seres humanos y animales, le sucederá algo igual o parecido.

Por tanto, lo que una persona hace a su prójimo o a su prójimo de la naturaleza –es decir a animales, plantas y piedras–, Me lo está haciendo a Mí –y con ello a sí mismo.
Comprended: también las piedras son fuerzas de creación de Dios, y también a ellas habría que dispensarles respeto.
La siembra de la persona será por tanto su cosecha. (Cap. 34, 7-10)

Comprended: todo lo que vive, siente. De modo similar al ser humano, todas las formas de vida sienten alegría y pena –ya sean animales, plantas o piedras–. La vida es consciencia. La consciencia irradia innumerables facetas evolutivas del Yo Soy. Consciencia también es volverse consciente. Seres humanos, animales, plantas y piedras sienten conforme a su consciencia.

Comprended: quien cace animales, algún día será cazado él mismo. Quien atormente animales, algún día será atormentado él mismo.

Quien explote la vida de la Tierra, se convertirá en víctima de los que le enseñan a hacerlo.
Cada siembra tiene su cosecha. Lo que el ser humano siembra, se introduce en el campo de su alma; desde allí germina y crece. En cada semilla ya está el fruto.
Por tanto, quien está contra su prójimo y contra los reinos de la naturaleza, también está contra Dios –pues Dios, la vida, está en todo lo que es.

Comprended: quien no cumple las leyes de Dios, está cargando su alma. Quien atormenta o mata a animales, tiene las manos manchadas con sangre. Quien come carne de animales, o contamina y ultraja a la naturaleza, es impuro. Tales personas no pueden ni cuidar de las cosas sagradas ni saber de los llamados «misterios» de los Cielos, y así tampoco enseñar ni explicar la ley de los Cielos. Quien enseñe los más sagrado, las leyes de los Cielos, e indique a sus semejantes que

las guarden, sin guardarlas él mismo, solo cosechará aprobación de los que vivan y piensen de forma parecida a él.
Todo lo falto de Dios, a la larga no perdura. Retrocederá, tal como retrocede la noche ante el día. Está próximo el tiempo en el que la Luz lo traerá todo a la luz del día y los seres humanos reconocerán la vida lejana a Dios de los que, si bien les instruyeron y mandaron guardar las leyes de la vida, sin embargo no las guardaron ellos mismos, cuyas manos están manchadas de sangre y cuyos cuerpos están ensuciados por el consumo de la carne.

Los molinos de Dios muelen lentamente. Un día será separado el grano de la paja, y los que estén colmados de Dios estarán a Mi derecha, y los faltos de Dios –la paja– tendrán que purificar, conforme a la ley de Siembra y cosecha. (…) (Cap. 38, 1-2)

La ley de Siembra y cosecha será activa hasta que lo contrario a la Ley divina haya desaparecido y lo divino habite en la Tierra, es decir hasta que en la nueva Tierra todos los seres humanos cumplan la voluntad de Dios. Muy paulatinamente llega a su fin el tiempo en que ha sido tergiversada Mi Palabra, dándole la forma que convenía para ponerla al servicio de los que con ello se imaginaban ocupar un trono sobre la verdad, y que se crearon súbditos.

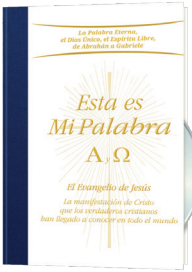
Comprended: las malas hierbas han sido sembradas por los formadores de opinión que no entendieron Mis palabras, Mis afirmaciones, y que han tergiversado la verdad –en parte conscientemente, y también inconscientemente–. Muchos han interpretado la verdad a su favor. De ahí se formaron, entre otras cosas, también las instituciones eclesiásticas –marcadas por dogmas, doctrinas y tesis– que han interpretado e interpretan el evangelio como en cada caso ha sido –o es– conveniente para la institución. A es-

tas instituciones han tenido y tienen acceso solo aquellas personas que se someten a sus dogmas, doctrinas y tesis. Esto basta para comprender lo que acabo de manifestar: han tergiversado Mi Palabra, dándole la forma que les convenía para ponerla a su servicio.
La verdad es la fuerza del infinito, a la disposición de todos los seres humanos. La verdad irradia en innumerables facetas a este mundo. ¿Quién afirma que las facetas de la verdad eterna pueden amoldarse a dogmas y formas?
De modo que surgieron malas hierbas en la buena siembra. Aunque en el transcurso de los siglos las malas hierbas ahogaron la buena semilla, esta se conservó ocultamente. Ha llegado el tiempo en que las malas hierbas son arrancadas, muy paulatinamente, del campo de la vida, para que la buena semilla pueda brotar y dar buena cosecha. Muy paulatinamente, y con mucho esfuerzo y paciencia, es quitada la mala semilla del campo de la vida, para que no se pierda ningún

grano de buena semilla ni sea echado al horno en que arden las malas hierbas. Esta es la justicia de Dios. Aunque muchas personas no puedan comprender que la transición del mundo pecaminoso al tiempo de luz abarque un espacio de tiempo muy grande, esto corresponde, no obstante, a la justicia; pues Dios da a cada pecador una y otra vez la posibilidad de dar la vuelta. Por pequeña que sea, toda chispa de arrepentimiento sincero es tenida en cuenta y alimentada. Esto es el amor de Dios y Su justicia. Con cada alma y cada ser humano, Dios, el Eterno, es justo.
Cierto que la verdad de Dios tiene que soportar el ser contradicha por los pecadores –pero no por toda la eternidad–. Ha llegado el tiempo en el que todo lo que la fuerza antagonista ha ocultado es revelado y dado a conocer, pues todo está ya manifiesto en la irradiación atmosférica. De este modo es liberada la verdad –y hará libres a todos los que se dejen liberar por la verdad, por Dios. (...) (Cap. 44, 7-8)

En el poderoso cambio de era que se está haciendo manifiesto en el tiempo actual, se purificará también, poco a poco, la crónica atmosférica. Todo lo pecaminoso que todavía está registrado allí, vendrá paulatinamente sobre el causante, tanto sobre las almas en los lugares de purificación como sobre los seres humanos. Todo lo ilegítimo –incluso las intenciones ilegítimas del individuo, lo que ciertas personas traman para la Tierra y ya han introducido en la crónica atmosférica mediante sus pensamientos–, o bien será borrado, o bien regresará a su autor, según cómo se decida el alma de la persona en el transcurso posterior de las cosas: a favor o en contra de Dios. (Cap. 12, 12)

Comprended: solo la Ley eterna del amor hace libre a la persona –no la ley de Siembra y cosecha–. Esta solo le trae sufrimiento, enfermedad, necesidades y padecimiento. (…) (Cap. 25, 8)



Esta es Mi Palabra A y Ω

Cristo mismo explica a través de Gabriele, la profeta de Dios, lo que tradicionalmneente se transmitió de forma errónea o confusa. Descubrimos lo que Él, siendo Jesús de Nazaret, realmente enseñó, lo que significa en verdad Su obra redentora para nosotros y cómo cada persona puede seguirlo hoy en día.

Del contenido: Sentido y finalidad de la vida en la Tierra • Sobre la ley de Causa y efecto • Condiciones para la sanación del cuerpo • La doctrina de la «condenación eterna» es una burla a Dios • Jesús enseña a orar • La lucha de las tinieblas contra el plan de Dios y sus justos profetas • Jesús amaba a los animales y los defendía • Sobre la correcta comprensión de los mandamientos • Sobre la muerte, la reencarnación y la vida • El verdadero significado de la obra redentora de Jesús, el Cristo • Sobre el pasado, el presente y el futuro de la humanidad • y mucho más.

Tapa dura: 1059 págs., con Audio-CD. ISBN 978-3-96446-011-0
Tapa blanda: 1136 págs., ISBN 978-3-96446-365-4
También como E-Book

Otros folletos gratuitos para usted:

- ¡Encontrar a Dios! ¿Dónde? ¿Cómo?
- Usted no está solo
- Palabras de la vida
- Liobaní. Yo explico. Y tú, ¿participas?
- El Sermón de la Montaña
- Una vida plena hasta en la vejez
- Reencarnación
- Jesús y los animales
- Extractos del libro:
  Las grandes enseñanzas
  cósmicas de Jesús de Nazaret

Puede solicitar el catálogo completo de libros,
así como los folletos gratuitos
sobre muchos temas en:

Editorial Gabriele-La Palabra
Tel. en España: +34 689 886 056
www.editorialgabriele.com